


La herencia aristotélica de S. Freud, o de la denegación de la naturaleza femenina de la sexualidad

The Aristotelian heritage of S. Freud, or the denial of the feminine nature of sexuality

Gustavo Bustos Gajardo¹

Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, Chile

 <https://orcid.org/0000-0002-1906-5029>

gbustosg@gmail.com

Recibido: 13/11/2023

Aceptado: 26/05/2024

DOI: 10.5281/zenodo.13340426

RESUMEN

A partir de una presentación sistemática de los aspectos fundamentales de la teoría freudiana de la sexualidad, sus remanentes aristotélicos y la denegación del carácter material de la libido femenina, el presente artículo tiene por objetivo tensionar el imperio del falo. Para ello, se reconstruye, inicialmente, la supuesta naturaleza masculina de la libido y cómo Freud repite, a su modo, los planteamientos de Aristóteles respecto de la figura del macho mutilado. Enseguida, el artículo se enfrenta a la aproximación misógina de Freud respecto del clítoris y, por medio de su reivindicación, propone la deconstrucción del carácter fálico de la sexualidad. Finalmente, se muestra que el problema de Freud para pensar la sexualidad femenina es su imposibilidad de hacer el duelo del padre.

Palabras clave: Sexualidad, falo, envidia del pene, clítoris, libido, nombre del padre.

ABSTRACT

The present article aims to tension the phallus' empire from a systematic exposition of the fundamental aspects of the Freudian theory of sexuality, its Aristotelian remnants, and the denial of the material character of the feminine libido. Firstly, it is reconstructed the supposed masculine nature of libido and how Freud repeats, in his own way, Aristotle's claims regarding the mutilated male figure. Subsequently, the article faces Freud's misogynist approximation respecting the clitoris and, through its vindication, proposes the deconstruction of the phallic character of sexuality. Finally, it is shown that Freud's issue to think sexuality is his impossibility to mourn the father.

Keywords: Sexuality, phallus, penis envy, clitoris, libido, name of the father.

¹ Psicólogo por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Cursa estudios de Doctorado Filosofía, mención en Estética y Teoría del Arte, Facultad de Artes, Universidad de Chile. Actualmente se desempeña como académico y jefe del Programa de Segunda Titulación en Psicología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Introducción

En marzo de 1920 S. Freud publica *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. En apariencia, se trata de un texto en el que Freud comenzaría “a considerar más en profundidad toda la cuestión de la sexualidad en la mujer” (Strachey en Freud, 1982, p.140). Si bien, las mujeres eran, desde los inicios del psicoanálisis, el sujeto privilegiado de su diván, lo cierto es que Freud se había abocado a ellas casi exclusivamente desde la perspectiva de la histeria (*Estudios sobre la histeria* publicado en 1895 y el *Caso Dora* (1905a) publicado en 1905). Las investigaciones posteriores a 1920 conducirán al psicoanalista austriaco a publicar, en torno a lo que confesamente para él, nunca dejó de ser “el enigma de la feminidad”, una serie de trabajos, entre los que se cuenta: *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos* (1925), *Sobre la sexualidad femenina* (1931) y *La feminidad*, que viene a ser la trigésimo tercera de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933). A partir de estos y otros textos, incluidos los relativos a la histeria, existe la posibilidad de establecer, *grosso modo*, lo que Freud entiende restrictivamente respecto de la sexualidad femenina. No obstante, lo que Freud parecerá entender –cuestión que abordaremos en breve– no llegará a correr, como él mismo había señalado, el “espeso velo” tras el cual se ocultaría la vida erótica de la mujer. Este velo, no hay que olvidarlo, se le había aparecido tempranamente a Freud en sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905b) de 1905 y sus acotaciones de 1915 y 1920². Allí indicaba que la vida erótica de las mujeres, a diferencia de la vida erótica de los hombres, permanecía, por una parte, envuelta en una impenetrable oscuridad en virtud de las limitaciones impuestas por

² El texto fue editado y complementado por Freud al menos en 5 oportunidades, sin embargo, las acotaciones de 1915 y 1929 son las más significativas, pues allí Freud no sólo afino algunas de sus tesis, sino que reconsidero algunas de ellas le permitieron producir una nueva teorización sobre la sexualidad infantil.

la cultura y, de otra, “por la reserva y la insinceridad convencional de las mujeres” (Freud, 1905b, p. 137). Hoy, podríamos señalar que esta incapacidad técnica de Freud de travestir su inconsciente en la relación transferencial constituye, en consecuencia, el núcleo fundamental de su misoginia teórica. En tal sentido, aunque puedan observarse, más allá de los prejuicios victorianos de Freud, inigualables aportes en sus interpretaciones de la sexualidad, hay algo de ella que siempre le resultó absolutamente inabordable, a saber, que en su materialidad la libido podría ser femenina.

De la supuesta naturaleza masculina de la libido, o la misoginia de Freud

En términos generales, lo que Freud habría descubierto inicialmente junto al inconsciente es el impacto de la sexualidad en la estructuración del aparato psíquico, motivo por el que suscribe tempranamente la existencia de una sexualidad infantil, cuya elaboración el remite directo y casi exclusivamente al mito de Edipo –como queda en evidencia en las páginas 169-187 de *La interpretación de los sueños* (1900)–, y cómo, a partir de este complejo, comenzará a darle forma al complejo de castración. El otro aspecto que descubre Freud en torno a la sexualidad infantil es que el *modelo* de la pulsión sexual se sostiene sobre el señalamiento de las perversiones. Sin entrar en mayores detalles, un recorrido histórico de la cuestión nos permite identificar la primera vez que aparece el complejo de Edipo en Freud como resultado de su *autoanálisis*, así se lo comunica en las cartas 70 y 71, del 3 y 15 de octubre de 1897, a su por entonces amigo Fliess. Por supuesto, el tema no se agota en estas referencias, sin embargo, lo que nos interesa destacar es que entre todos los descubrimientos realizados por Freud, *el* de la sexualidad, y por extensión *el* del inconsciente, remiten inexcusablemente

a una matriz *onto-filogenética* masculina y ese es uno de los mayores problemas teóricos del psicoanálisis, tal y como fuera señalado por Deleuze y Guatarri en *L'anti-œdipe* (1972). Veamos un ejemplo. En *Las metamorfosis de la pubertad*, que corresponde al tercero de los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905b) de 1905, Freud señala:

La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer (Freud, 1905b, p. 200).

Esta cita es interesante, pero inquietante por varias razones. Primero, en ella Freud establece que el carácter de la sexualidad es *enteramente masculino*, razón por la cual no existiría, ni siquiera teóricamente, un carácter femenino de la sexualidad. Luego resarcirá en parte este adagio, sin embargo, algo de él será conservado en un sentido estructural. Aunque por supuesto no estemos de acuerdo con dicha proposición, siempre es necesario apegarse al texto antes de formular nuestras críticas. Segundo, en la cita Freud establece que la libido es, con arreglo a la ley, de naturaleza masculina lo cual implica que las *pulsiones* llamadas sexuales y la estructura misma del *inconsciente* también lo serían. Eso quiere decir, entonces, que no existiría algo así como una *libido femenina*. He ahí el carácter estructural que no encontrará en su obra reelaboración y que repetirá casi invariablemente el dogma aristotélico con el que occidente lamentablemente se vanagloria. Tercero, y este es un punto interesante por lo paradójico que resulta, la libido, más allá de su supuesta esencia, se abstrae fenoménicamente de las asignaciones de género, es decir, las pulsiones sexuales, tanto de un hombre como de una mujer, no dependen ni se organizan para su descarga a partir de posiciones sexuales ni de género determinadas y tampoco requieren

prescribir *a priori* su objeto de descarga. En otras palabras, la libido, aunque masculina, se manifiesta como si fuera neutra y se vuelca sobre un objeto cuya definición sexual carece de importancia. El sesgo freudiano, sin embargo, es suponer que estructural, pero también moralmente, la libido es en esencia masculina, cuestión que le obligará a concluir que la sexualidad en general, al ajustarse a lo masculino, queda determinada en y por la *primacía del falo*. Freud defenderá esta posición en 1923 en *La organización genital infantil* –texto que puede ser considerado como un anexo a los *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905b). Allí dará a entender que la *niña no nace mujer, lo deviene*, lo cual no significa como sugiere Simone de Beauvoir (2017) que la mujer *llega a serlo* en la exploración que hace del mundo, sino que para Freud la niña sólo llegará a convertirse en mujer hacia el final de la fase fálica. Revisar qué diferencias existen entre este *devenir mujer* de la niña al que Freud apela y la ya famosa sentencia “no se nace mujer, se llega a serlo” es, sin lugar a duda, una tarea pendiente del psicoanálisis contemporáneo. Por ahora, volvamos a Freud. En parte, el hecho de que la niña no nace mujer le permite a Freud señalar que la niña es y ha sido siempre un hombre antes de poder devenir mujer. Dicho de otro modo, la mujer permanece sofocada [*unterdrückt*] en y por el hombre sin que ella pueda desplegarse fuera de él. Pero, lo que es todavía peor, es que esta sofocación, legitimada teóricamente por Freud, es también la sofocación de lo femenino en la sexualidad masculina.

En suma, a la base de la teoría sexual de Freud tenemos, primero, que la libido es esencialmente masculina y, segundo, que esta *esencialidad* implica a su vez la primacía del falo y, por extensión, la *ley del padre*. Pero, vayamos más despacio y reconstruyamos paso a paso esta secuencia. Freud, en *La organización genital infantil* (1923a), sostendrá que el carácter principal de esta organización “reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por

tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*” (Freud, 1982, p. 146). Dicho esto, Freud circunscribe sus descubrimientos al varón, reconociendo de inmediato que, lamentablemente, carece de intelecciones en relación con los *labios* que custodian los procesos sexuales de la niña. El falo, en consecuencia, aparece como una forma análoga de la sexualidad en un sentido universal, aun cuando el niño descubrirá, cosa no menor, “que el pene no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él” (Ibidem). Esta constatación, al menos esquemáticamente, le permitirá a Freud describir el *complejo de castración*. A propósito de esto dirá:

Es notoria su reacción [la del niño] frente a las primeras impresiones de la falta del pene. Desconocen esa falta [desmentida]; creen ver un miembro **a pesar de todo**; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona. Los desarrollos que sobrevienen son demasiado notorios para que sea necesario repetirlos aquí. Me parece, eso sí, que *sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo* (Freud, 1923a, p. 147).

Más adelante agrega: “Es notorio, asimismo, cuánto menosprecio por la mujer, horror a ella, disposición a la homosexualidad, derivan del convencimiento final acerca de la falta de pene en la mujer” (Freud, 1923a, p. 148). La niña, luego la mujer, se caracterizarían, a fin de cuentas, por su falta de pene. No hay más argumento para Freud que esta simple y banal constatación. El niño, indica Freud, cree en esto como quien cree en un dato empírico irrefutable, sin embargo, en el orden de las generalizaciones, no todas las mujeres estarían en falta sino sólo aquellas que, mediante el castigo de la castración, habrían incurrido en conductas despreciables o “mociones prohibidas” en las que el mismo niño habría incurrido; de ahí su temor ante la amenaza de castración. La pérdida de

aquel genital, en consecuencia, sería el resultado de un castigo por actos y pensamientos reñidos con la norma. En el caso del niño, aun cuando tenga sus dudas, seguirá pensando que algunas mujeres, como su madre, por ejemplo, conservarían, por el halo de respetabilidad que él le confiere a ella, un pene. Nótese que el pene antes de convertirse en una figura simbólica propiamente tal, el falo, ya representa un signo de autoridad que hay que respetar y que el psicoanálisis reproduce acríticamente. Como recalca Freud: “para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta de pene” (Freud, 1923a, p. 148). No obstante, más tarde, la madre terminará inevitablemente por perder el pene, pues una vez el niño se interroga o aborde el problema de la génesis y el nacimiento este colegirá finalmente que sólo las mujeres son biológicamente aptas para parir, lo que, desde los libros sagrados y la cultura machista, significa a su vez aptas para sufrir. La cuestión que sobre este punto nos interesa destacar, y eso es algo que Freud admite textualmente, es que “al parecer” niños y niñas, en este contexto, *nunca llegan a descubrir los genitales femeninos*. Las vaginas simplemente no existen, no transitan ni por el mundo ni por el lenguaje. Se impone así, dentro y fuera del psicoanálisis, un Estado *falocrático* en desmedro de lo que podría ser un régimen *ginetocrático* (Bachofen, 1987). Un segundo elemento que quisiéramos destacar, antes de proseguir, es que el niño, al no reconocer genitales femeninos, tiende a pensar que ha sido parido por el ano y es en virtud de esta premisa que la sociedad occidental burguesa se organiza, en tanto régimen sexopolítico heteronormativo, sobre la base de lo que Paul Beatriz Preciado (2009) ha denominado *terror anal*.

Por una parte, observamos, existe una historia del falo y su gobierno, por otra, oculta, sepultada y/o relegada por la tradición occidental que va de Platón y Aristóteles, Hegel mediante, hasta nuestros días, existiría una historia subterránea ligada de un lado al *ano* y de otro a la *vagina*. Estas últimas serían historias negadas, reprimidas, indecibles y profanas no

sólo para la estructura familiar sino para el conjunto de la sociedad occidental. Por supuesto, como todo lo que queda en el margen externo de un sistema absoluto, estas historias son y seguirán siendo rechazadas, como señalaba Marx en *La ideología alemana*, por aquellas “ideas dominantes [que] no son otra cosa que la expresión ideal de relaciones materiales dominantes concebidas como ideas” (Marx, 1970, p. 58). En este contexto, si retomamos el texto de Freud, la primacía del falo supone, epistémicamente, que “en el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre *activo* y *pasivo* es la dominante” (Freud, 1923a, p. 149). Ahora bien, desde una perspectiva filosófico-política, el hecho de que la organización pregenital este dominada por la oposición activo/pasivo no hace sino espejear o reproducir la estructura y la ideología del pensamiento occidental. En esta última, la referencia a lo masculino y lo femenino es, en estricto rigor, la de lo activo y lo pasivo. Tal diferencia encontró sus primeras articulaciones en la teoría biológica y política de Aristóteles.

Freud embarazado, o el espermatozoide teórico de Aristóteles

Cabe destacar, antes de proseguir por esta vía, que el pensamiento de Aristóteles en torno a la diferencia entre los sexos se articula en tres perspectivas disimiles entre sí. Primero, en *Metafísica* se observa que el problema de la diferencia se aborda desde la perspectiva del individuo, sea este hombre o mujer. Para ello Aristóteles aborda en su *Metafísica* (1994a) la diferenciación sexual desde una perspectiva global que sería la de los animales, señalando que el macho [*arren*] es contrario y, por lo tanto, diferente de la hembra [*thely*]. Esta diferencia encuentra su expresión específica en la especie humana en tanto el macho deviene

varón [*aner*] y la hembra mujer [*gyne*]. Ahora bien, a pesar de ser contrarios y que esa diferencia no es por ello accidental, Aristóteles dirá que macho y hembra no constituyen *especies* diferentes. En tal sentido, macho y hembra, varón y mujer, pertenecen para Aristóteles al mismo *género*. Aquí importa destacar que la *Metafísica* de Aristóteles organiza sus planteamientos sobre la base de dos tipos de contrariedades, las que están en el ámbito de la *forma* y las que corresponden al *compuesto*. Las primeras producen diferencias en cuanto a la *especie*, en tanto que las diferencias de compuestos no lo harían. En consecuencia, varón y mujer tienen la misma forma, lo cual significa que son sustancialmente iguales y, por ende, no existe entre ambas entidades ningún régimen de inferioridad. La diferencia sexual se manifiesta entonces a través de diferencias corporales (de la materia), a saber, los órganos sexuales. En suma, entre el hombre y la mujer no hay diferencia en lo que toca a la sustancia, el concepto o la forma, sino solamente en lo que toca a la materia y el cuerpo, y esa diferencia tampoco depende de que la mujer y el hombre reciban un principio activo diferente, pues el esperma, que contiene en sí la forma de la especie, es, en cualquier caso, el mismo. Eso significa que la diferenciación sexual, entendida como diferencia entre los órganos dependerá, al menos en parte, de la materia misma.

Sin embargo, será a partir de Aristóteles (al menos entre los filósofos clásicos más reconocidos de la historia de occidente) que el hombre estaría tocado por un cierto privilegio eidético del *logos*, mientras la mujer, al no tener otra función sino la de engendrar, no llegaría a ser más que un mero recipiente del semen y una cripta del goce, razón por la cual estaría del lado pasivo de la relación. De este modo, parece que la materia tendrá el carácter de principio activo de la diferenciación sexual, aunque esta expresión resulte contradictoria con uno de los principios metafísicos fundamentales de Aristóteles, a saber, el de la *pasividad de la materia*. Retomaremos este punto, pero antes debemos aclarar el contenido de la

segunda y tercera perspectiva de la diferencia de los sexos en Aristóteles. Para el estagirita, entonces, no existe nada en *Metafísica* que permita fundamentar la superioridad del varón sobre la mujer. No obstante, en lo que se conoce como las perspectivas biológica y política de Aristóteles esta superioridad comenzará a delimitarse. Veamos. Desde un punto de vista biológico ya no se considera el problema de la diferenciación de los sexos desde una perspectiva individual (afección) sino que ahora se analiza el problema considerando la dimensión de la reproducción. Varón y mujer forman una pareja cuyo fin, establece Aristóteles, es la reproducción de la especie. Este argumento es indispensable para que Aristóteles afirme, en sus textos políticos, que la asociación macho-hembra, al igual que la asociación amo-esclavo, constituye un lazo natural simple con un fin preciso: en el primer caso, el biológico, la reproducción y, en el segundo, el punto de vista político, el de la conservación de la especie.

Desde este punto de vista, los textos políticos y biológicos hallan un mismo espacio conceptual en la noción de *Physis*. Es aquí donde comienza a delinearse la supuesta inferioridad de la mujer. Dicha inferioridad queda establecida en un marco de cuestiones naturales y, concretamente, en un conjunto de textos que pretenden dar respuesta a dos cuestiones diferentes: a) ¿De qué modo intervienen el macho y la hembra en la generación? Y b) ¿Qué es lo que hace que un mismo esperma origine un macho o una hembra? La respuesta a estas preguntas se encuentra desperdigada en una de las obras biológicas más importante de Aristóteles titulada *Investigación sobre los animales* (Aristóteles, 1992). Esta obra se divide en tres partes: 1. *De Partibus Animalium* [Sobre las partes de los animales]; 2. *Motu Animalium* [Sobre el movimiento de los animales] y 3. *De Incessu Animalium* [Sobre la marcha de los animales]. Como puede intuirse, la primera parte está orientada al análisis de las partes que contribuyen a la reproducción de los animales, esto es, los órganos sexuales, la segunda parte tiene por objetivo determinar cuál es

la causa motriz de los órganos sexuales, y la tercera se refiere al desplazamiento de los animales. Ahora bien, lo que nos interesa destacar –y que se pone en juego en la explicación de Aristóteles– es que en el caso de la generación de nuevos seres vivos siempre actúa un principio formal [*morphe*], activo, y un principio material [*hyle*], pasivo. Esto es lo que se conoce en Aristóteles como teoría *hilemórfica*.

Lo que se despliega en el hilemorfismo sexual es lo siguiente: en todo acto de producción hay un polo de la relación que se comporta como el principio activo que le da una forma determinada a una materia pasiva, resultando de ello un nuevo ser. Aplicando este principio a simple vista técnico a la reproducción animal, tenemos entonces que el macho sería el principio activo que transmite la forma del nuevo ser en tanto que la hembra se limitaría a recibir pasivamente la semilla del varón. La hembra es así la materia y actúa como el recipiente que recibe pasivamente la semilla de la cual nacerá otro ser. En consecuencia, la hembra, para Aristóteles, termina sólo por aportar el lugar y la materia, mientras el varón la insemina a partir de su condición productiva. Por supuesto, para que esto sea posible se requiere de ambas partes y, por lo tanto, que ambos principios (macho-hembra/activo-pasivo) se conjuguen como causas del ser. El esperma del varón, en este contexto, es entonces la *energía* –¿acaso no es esta *energía* un símil de la *libido* de esencia masculina que visualizamos antes con Freud?– y el fluido o secreción que aporta la hembra vendría a ser la materia a partir de la cual se forma el embrión. Lo curioso es que la secreción femenina es vista por Aristóteles, no así la secreción masculina, como un *residuo*, un *resto*. La diferencia entre ambas secreciones radica básicamente, para Aristóteles, en que la esperma masculina es de principio activo en tanto que la parte material de la misma se disuelve y evapora. En todo caso, el esperma no es una parte de la forma que toma cuerpo, sino constituye el *principio del movimiento* que aplica esa capacidad al residuo que la hembra contiene

dentro de sí, es decir, de la parte material del embrión. En definitiva, lo que la hembra aporta contiene en potencia todas las partes del animal, pero ninguna en acto, incluidas aquellas partes en las que se diferencia la hembra del macho.

En definitiva, existe en la teoría biológica de Aristóteles una relación de oposición que implica, innegablemente, una jerarquización en la que un polo de la relación domina al otro. Los ejemplos de esta relación de oposición y jerarquización pueden, más allá de la relación macho-hembra, sintetizarse del siguiente modo: actividad/pasividad, cultura/naturaleza, padre/madre, presencia/ausencia, razón/sentimiento, inteligible/sensible, *logos/pathos*, amo/esclavo, heterosexual/homosexual y un largo etcétera que puebla y estructura toda la escena metafísica occidental (Derrida, 1972; Cixous, 1995). El lector ya habrá intuido que la primera columna corresponde a la columna fálica en tanto que la segunda es una suerte de pozo que toca a todo aquello que, al parecer, carece de poder. Se puede intuir que la estructura misma del pensamiento occidental reproduce en cada ámbito esta relación de oposición y jerarquización. Tanto en el caso de Aristóteles, el de Freud y todavía en el contexto de la sociedad actual, el problema es que se sigue considerando al hombre como un elemento que actúa como forma y acto (principio activo) y a la mujer como un elemento, esto es, como materia y potencia (principio pasivo). Pero ¿qué nos impide considerar al macho y la hembra como una pareja no dispareja?, ¿qué nos impide interpretar *la* esperma del varón y *el* fluido de la mujer como homogéneos, en tanto ambos contienen una parte formal (activa) y otra material? Existen múltiples respuestas a estas preguntas, sin embargo... al psicoanálisis le ha faltado coraje para, como hiciera W. Reich (2020), proponer una nueva revolución sexual.

Antes de volver con Freud, digamos un par de cosas más en relación con la teoría hilemórfica de Aristóteles. El discípulo de Platón y, según se

dice también de Eudoxo, consideraba que los órganos sexuales eran instrumentos y que, como tales, estos siempre eran manejados por un agente activo. En cierto sentido, esto último permitiría pensar que tanto hembra como macho se encuentran en igualdad de condiciones, pues ambos forman lo que Aristóteles llamó *principio de la generación*. Sin embargo, el sesgo patriarcal, propio de la teoría Aristotélica, le obliga a establecer al “macho como poseedor del principio del movimiento y de la generación, y la hembra del principio material” (Aristot. *Repr. Anim.* 729a9-11). Para agravar la diversidad entre macho y hembra, Aristóteles tiende a definir la diferencia en términos de contradicción y termina por afirmar que “la hembra es hembra por una cierta impotencia (*adynamia tini*): por no ser capaz de cocer esperma a partir del alimento en su último estadio” (Aristot. *Repr. Anim.* 728a18-20). El macho es quien goza de dicha capacidad, la hembra, por su parte, es incapaz de dar cuerpo al nuevo ser, sólo lo cobija. De ello Aristóteles concluye que “el macho es un principio y una causa, y si un ser es macho por tener cierta capacidad [*dynatai*] y hembra por no tenerla [*adynatei*]” eso significa que “el límite de esta capacidad e incapacidad consiste en poder o no poder cocer el alimento en su fase última” (Aristot. *Repr. Anim.* 766a34-36).

La diferencia sexual se da en consecuencia por contradicción o privación, siempre y cuando se entienda que “la privación es un tipo de contradicción” (Aristot. *Met.* 1055b3-4), una suerte de impotencia que Aristóteles refiere a una falta de calor (*energía*) que, por defecto, produce un semen impropio que sería el flujo vaginal (es decir, un tipo de esperma que, por falta de calor, dice Aristóteles, no cuaja) y, por ello, no puede aportar nada relacionado con la forma. Anticipando a Freud en decenas de siglos, la conclusión de Aristóteles, para traducirlo al lenguaje de Freud, sería que la libido es en esencia activa y de carácter masculino, pues es ella la que da forma, finalmente, a la sexualidad. No perdamos de vista que Freud en sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905b)

plasmará la definición de “libido” como la energía psíquica específica de las pulsiones sexuales y que esta *se consumará en el orgasmo inseminador como mezcla de una parte femenina con otra masculina*. Ya está formulación es aberrante, sin embargo, lo que Aristóteles acota en otro de sus textos es aún peor. En el libro II de su *Reproducción de los animales* escribe:

Pues igual que de seres mutilados unas veces nacen individuos mutilados y otras no, de la misma forma de una hembra unas veces nace una hembra y otras nace un macho³. Y es que la hembra es como un macho mutilado, y las menstruaciones son esperma, aunque no puro, pues no les falta más que una cosa, el principio del alma (Aristot. *Repr. Anim.* 737a25).⁴

El espermatozoide teórico de Aristóteles nos lega una imagen de las mujeres, como puede colegirse de la cita, en que ellas serían un ser incompleto e inferior, un ser al que le falta una parte fundamental –nada más y nada menos que el principio del alma– para alcanzar la plenitud. La mujer, en tal sentido, es definida *a priori* en y por la castración. Pero, lo peor es que todavía hay demasiados Freud en la sociedad contemporánea que siguen anhelando la satisfacción teórico sexual del padre.

A Freud le hace falta un clítoris

Confirmando lo que estamos bosquejando, especialmente en torno a la oposición activo/pasivo y la íntima relación entre Aristóteles y Freud, este último en *La organización genital infantil* señala que en “el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo *masculino*,

³ Aristóteles en su *Investigación sobre los animales* señala: “El esperma fino es infecundo; en cambio, el granuloso es fecundo y da origen más bien a varones; pero el claro y sin coagular tiende a dar origen a seres femeninos” (Aristot. *Inv. Anim.* 582a29-30).

⁴ El subrayado es del autor (N. del E.).

pero no algo femenino; la oposición reza aquí: *genital masculino, o castrado*” (Freud, 1923a, p. 149). Como ya se había señalado antes, para Freud sólo hay genital masculino y, en virtud de esa existencia, se nos obliga a descartar la historia de unos *genitales femeninos*. En el caso de Aristóteles vimos que este considera a la hembra como un macho mutilado cuya esperma carece de principios activos. Ahora bien, con el objeto de que no quede duda alguna de la relación intrínseca entre Aristóteles y Freud en torno a la sexualidad, veamos lo que este último señala respecto de la última fase de la organización genital:

Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino y femenino*. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno (Freud, 1923a, p. 149).

Se observa en esta última cita que Freud termina por reconocer la existencia de una polaridad sexual, sin embargo, como queda absolutamente claro, esta polaridad implica que lo activo está del lado del hombre y la posesión del pene como única “zona erógena rectora” (Freud, 1908, p. 192); en cambio, la posición femenina está del lado pasivo de la relación, siendo el *clítoris* un pene mutilado y la vagina no más que un recipiente que debe albergar ambos penes. Eso da pie a la conocida referencia de la *envidia del pene* cuya aparición, en realidad, es anterior y remonta al texto *Sobre las teorías sexuales infantiles* de 1908. En aquel texto Freud establece por vez primera que la enigmática sexualidad femenina aparece marcada por la envidia de lo que carece. De este modo, observamos que la concepción freudiana de la *envidia del pene* coincide con la concepción aristotélica de la *hembra como macho mutilado*. A la mujer le falta así, como dice Freud, el “principal objeto sexual autoerótico” (1908, p. 192), pues no tendría ella ninguna herramienta con la cual sus manos podrían procurarse a sí misma el máximo de los placeres, cuestión

que sabemos es absolutamente falsa, pues el único órgano cuya única finalidad es autoerótica es el clítoris. Ahora bien, en el caso del niño, este sólo podrá representarse, a partir de este punto, a la mujer con pene, por lo tanto, al no poder él renunciar al pene “se verá precisado a convertirse en un homosexual” y “buscar sus objetos sexuales entre hombres que por otros caracteres somáticos y anímicos le recuerden a la mujer” (Freud, 1908, p. 193). A partir de este y de otros pasajes de la obra de Freud es posible observar que la sexualidad humana tendría un origen estrictamente bisexual, punto que no borra, en cualquier caso, el problema que hemos estado delimitando. Por el contrario, este carácter bisexual de la sexualidad, comandado por la primacía del falo, implica que los genitales femeninos han sido y son “percibidos y concebidos como mutilados”, lo cual, a juicio de Freud, les recuerda a los niños la amenaza de castración. Así, no queda más que concluir, desde la perspectiva errada de Freud, que la mujer es un hombre castrado o bien que es un hombre que no está lo suficientemente desarrollado. En palabras de Freud:

[La] anatomía ha discernido en el clítoris, dentro de la vulva femenina, un órgano homólogo al pene, y la fisiología de los procesos sexuales ha podido agregar que ese pene pequeño, y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer (Freud, 1908, pp. 192-193).

Dicho esto, para Freud la mujer llega a constituirse en mujer en tanto una oleada represiva le permite remover la sexualidad masculina en la que habita. Como señalábamos, aunque la mujer remueva la sexualidad masculina, la libido seguirá siendo en esencia masculina y Freud insistirá en señalar que, en el periodo anterior a esa remoción, la niña “desarrolla un gran interés por esa parte del cuerpo en el varón, interés que pronto

pasa a estar comandado por la envidia” (1908, p. 194). En conclusión, a la niña no le queda más que sentirse perjudicada, pues ella no podría penetrar sino tan sólo esperar pasivamente ser penetrada y, por ello, se convertiría en el “sexo débil”⁵ en virtud de lo que Freud denomina la *concepción sádica del coito* que se presenta en la primera infancia. No olvidemos, según recalca Freud, que los niños perciben en el acto sexual “algo que la parte más fuerte le hace a la parte más débil con violencia, y lo comparan, sobre todo los varoncitos, con una riña...” (Freud, 1908, p. 196). Existe por tanto diferencia entre los sexos y, hasta aquí, esta diferencia se ha construido tanto sobre una base metafísica (*la libido es de esencia masculina*) como anatómica (campo en el que el clítoris será consignado por Freud como un mini pene). A propósito de esta formulación del mini pene recordemos algunas palabras escritas por Freud en el *Fetichismo* (1927): “el prototipo normal de todo fetiche es el pene del hombre, tal como el prototipo normal de un órgano desvalorizado es el pequeño pene real de la mujer, el clítoris” (Freud, 1927, p. 152 [Trad. Levemente modificada]).

La falta de pene se presenta, en este contexto, como ocultamiento de la vagina. El florecimiento de la vida sexual es, para el psicoanálisis freudiano, en efecto, un proceso que atañe al ocultamiento de la vida erótica de las mujeres. De otro modo: es lo que no tiene, pero quisiera tener, lo que permite definir la sexualidad femenina. Esta concepción

⁵ En este contexto no hay que perder de vista que Aristóteles señalaba que “en la relación entre macho [arren] y hembra [thely], por naturaleza, uno es superior [*kreitton*] y otro inferior [*cheiron*], uno manda [*archon*] y otro obedece [*archomenon*]” (Aristot. *Pol.* 1274b38). Pero aún más, Aristóteles dice un par de páginas más adelante: “Las partes de la administración doméstica eran tres: una, la del dominio del amo (...); otra, la paterna; la tercera, la conyugal. Pues también hay que gobernar a la mujer y a los hijos, como a seres libres en ambos casos, pero no con el mismo tipo de gobierno, sino a la mujer como a un ciudadano, y a los hijos monárquicamente. En efecto, el hombre es por naturaleza más apto para mandar que la mujer —a no ser que se dé una situación antinatural [*para physin*], y el de más edad y maduro más que el más joven e inmaduro (Aristot. *Pol.* 1259b4-5). En general puede decirse que para Aristóteles la mujer no existe en la *polis* ni casi en la casa [*oikos*] y, cuando la considera, tiende a agruparla con el niño, como de hecho ocurría socialmente como prueba la figura del *kyrios*. Sobre la figura del *kyrios* el lector puede consultar: H. Cixous (1995) y J. Derrida (1972).

encontró en la histeria su máxima formulación, pues la histeria se le impuso a Freud como la estructura universal de la sexualidad femenina: no olvidemos, como dato histórico, que entre las enfermedades regulares que aquejaban a las mujeres de la época victoriana se encuentran la catatonía y la parálisis general y progresiva, conocida posteriormente como neuro-sífilis (las mujeres, al carecer de pene, pero al envidiarlo, convierten todo su cuerpo en un tronco rígido que, eso sí, se mantiene en un estado de pasividad general). En ambas manifestaciones psicopatológicas, los síntomas recurrentes son la frigidez, el mutismo, el negativismo, la catalepsia (rigidez del cuerpo y pérdida de sensibilidad), etc. Estas enfermedades, que en realidad son síntomas de un malestar *en* la cultura, habrían proliferado, en consecuencia, entre las mujeres debido a su carácter pasivo y su condición cavernícola (uterina) puesto que ellas, metafóricamente, viven en las cavernas, viven allí sin luz, desprovistas de *logos* y consumidas por la pasión [*pathos*]. El hombre, en cambio –reza la ficción occidental– habría logrado desligarse de este carácter primitivo entrando por ello a la cultura. El rumbo de la civilización occidental, sin embargo, pone en tela de juicio este tipo de proposiciones sin que haga falta demostrarlo. El conflicto entre naturaleza y cultura marca para el desarrollo psicosexual de las mujeres su permanencia en la naturaleza y, por extensión, se dibuja una sexualidad en falta cuyas manifestaciones son interpretadas desde el punto de vista psicopatológico; allí Freud establece los factores causales de la histeria y cómo estos están directamente relacionados con los efectos traumáticos de la seducción sexual en la primera infancia; además, vale destacar que para Freud la histeria, que en esa época afectaría mayoritariamente a mujeres, tendría su origen en experiencias sexuales *pasivas* de la niñez [en el caso de la histeria masculina, descrita tempranamente por Freud (1886) –siguiendo a su mentor Jean-Martin Charcot– estaría ligada no a una condición sexual sino a eventos traumáticos y, aunque no se hicieran diferencias

entre histeria masculina y femenina, por alguna razón Freud prefirió centrar sus estudios en los casos femeninos; los efectos traumáticos en obsesivos –mayoritariamente varones– estarían, por el contrario, marcado por experiencias sexuales *activas*. Para *ser justos con Freud*, es preciso señalar que abandonará posteriormente su teoría de la seducción, lo que modificará en parte lo señalado, pero lo que cambia es sólo el hecho de que la sexualidad infantil no requiere ser activada externamente, ya que en el niño/a operan impulsos sexuales sin ninguna necesidad de estimulación externa).

A propósito de la histeria en Freud, retomemos, al menos sucintamente, la segunda pregunta Aristotélica que mencionábamos hace unos instantes. Recordemos la pregunta: ¿Qué es lo que hace que un mismo esperma origine un macho o una hembra? Imagino que el lector se estará preguntando qué relación tiene esa pregunta con la concepción freudiana de la histeria. Veamos. En el caso de Aristóteles el hecho de que el mismo esperma pueda originar un varón o una hembra se explica en términos de dominante-dominado. Si traducimos esto al lenguaje tradicional del psicoanálisis y de la concepción occidental de la cultura, la cuestión pasa por quien tiene el falo y aquel que simplemente lo desea. En este punto, es preciso olvidar el esquema hilemórfico, donde el macho es el activo y la hembra es pasiva, pues en tal caso siempre nacerían machos. A veces Aristóteles parece pensar así, especialmente cuando considera *el nacimiento de la hembra como una primera desviación de la naturaleza*. Sin embargo, los hechos muestran palmariamente que, supuesta una pugna por prevalecer entre el principio masculino y el femenino, aproximadamente el éxito se reparte al cincuenta por ciento. En consecuencia, los hechos imponen una explicación diferente, pues la teoría hilemórfica es incapaz de explicar por qué el mismo semen origina unas veces un macho otras una hembra. Es aquí donde, según diversos intérpretes, entra en juego el modelo del poder político al que recurre

Aristóteles para explicar, por analogía, la diferencia macho-hembra en términos biológicos. Transcribamos a continuación un pasaje crucial al respecto:

[Hay] que aceptar que, si la aniquilación de algo es el paso a su contrario, es necesario también que lo que no esté dominado por el agente creador se transforme en su contrario. Bajo estos supuestos, quizá ya estaría más claro *por qué causa un embrión deviene hembra y otro macho*. Efectivamente cuando no prevalece [*krate*] el principio ni es capaz de realizar la cocción por falta de calor ni atrae hacia su propia forma, sino que es vencido [*ettethe*] en este aspecto, es necesario que cambie en su contrario. Lo contrario del macho es la hembra, y son contrarios en eso por lo que uno es macho y otro hembra. Como el macho es diferente en la facultad que posee, tiene también un órgano diferente: de modo que la transformación se produce en ese aspecto. Al cambiar una parte esencial, el organismo completo del animal difiere mucho de forma. Es posible verlo en los eunucos que, por tener mutilada una sola parte, se alejan tanto de su antigua forma que les falta poco para tener aspecto de hembra. La causa de esto es que algunas partes son principios; y cuando un principio se altera, forzosamente cambian muchas cosas que derivan de él” (Aristóteles, *Repr. Anim.* 766a13-14).

Y, por lo tanto, agrega Aristóteles: “Si domina [*kratesan*] el espermatozoide del macho dirige la materia hacia sí mismo; pero si es dominado [*kratethen*], se transforma en lo contrario o desaparece” (Aristóteles, *Repr. Anim.* 766b15-17). En suma, la razón por la que nace un macho y no una hembra y por la que el hijo se parece al padre y no a la madre es, desde esa retrograda perspectiva, la misma: el predominio del semen (del macho) o su derrota, lo que equivale, ciertamente, a la primacía del falo y a la castración. Es importante observar, para percibir que ya no estamos en el marco de la doctrina hilemórfica, que ahora el semen (del macho) y el menstruo (de la hembra) ya no se hallan en la relación de acto/forma y potencia/materia. Ahora, la conclusión lógica es que si existen hombres y mujeres es porque la relación de poder entre los sexos es variable. El punto es que Aristóteles, aun cuando se ve obligado a reconocer una cierta igualdad entre hombre y mujer, insiste en mantener el esquema dominio/no dominio del macho, es decir, no reconoce el dominio de la hembra en el marco de lo que en su propia teoría sería lógico. La cuestión

es que toda vez que una mujer domina la relación lo haría según el principio del movimiento, es decir, a partir de lo que Aristóteles considera ser un principio del macho. Aristóteles afirma, en efecto, que, en el *residuo* de la hembra, como principio material que es, se contienen en potencia todas las facultades y órganos, los cuales pasan al acto en la medida en que son dominados por el principio activo del macho. Así, cuando éste domina, pone en acto el órgano propio del macho y, por tanto, queda reducido a mera potencia el órgano propio de la hembra. Por esto, cuando una determinada facultad en potencia, por ejemplo, el rasgo de macho que se contiene en el *residuo* de la hembra no está dominado por el agente transformador, es decir, el principio del movimiento que da el macho, ese rasgo se transforma en su contrario y, en esa circunstancia, el embrión da origen a una hembra. Parece que Aristóteles deja en manos del macho todo el trabajo tanto por acción, cuando domina, como por omisión, cuando es dominado. Desde este punto de vista no es difícil concluir que para Aristóteles el macho es el animal que no sólo tiene un pene sino también un falo y la hembra el animal que no lo tiene. Esta tendencia a construir la diferencia mediante la contradicción es la que se ha impuesto a través de toda la historia de occidente. De ahí que sea difícil, incluso para Freud, concebir la sexualidad femenina en independencia de la sexualidad masculina, pues la cultura occidental en sí misma ha sido construida hereditariamente sobre los preceptos del lamentable dominio del macho.

En definitiva, la teoría sexual de Freud encuentra, según hemos visto, sus antecedentes epistémicos en la teoría biológica de Aristóteles. Sin embargo, queda por explicitar los efectos de esta influencia. En *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* de 1925 Freud señala:

[La] zona genital es descubierta en algún momento, y no parece justificado atribuir un contenido psíquico a los primeros quehaceres del niño con ella. (...). El paso siguiente en la fase fálica que así ha comenzado no es el enlace de este onanismo con las investiduras de objeto del complejo de Edipo, sino un descubrimiento grávido en consecuencias circunscrito a la niña pequeña. Ella nota el pene de un hermano o un compañerito de juegos, pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido; a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene” (Freud, 1923a, p. 270).

La *envidia del pene* se impone, de este modo, como una realidad irrefutable para la niña: “ha visto eso sabe que no lo tiene y quiere tenerlo” (Freud, 1923a, p. 270). De ahí que en la niña se forje lo que Freud ha llamado el *complejo de masculinidad* de la mujer. En el caso de Aristóteles, el privilegio del hombre sobre la mujer quedaba establecido a partir del carácter activo del esperma y la tenencia del pene, cuestión que, como podemos observar, se repite en Freud el establecimiento de algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos: “la diferencia anatómica [entre los sexos] no puede menos –señala Freud en *La feminidad* (1933/1932)– que imprimirse en consecuencias psíquicas. Pero fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (Freud, 1933, p. 115). A la fecha –y aunque esto no constituya en ningún caso un argumento teórico eficaz– jamás hemos escuchado a una paciente razonar de este modo. En tal sentido, estas diferencias deben ser consideradas y superadas por la niña, indica Freud, para que pueda desarrollar su feminidad, de lo contrario el destino le deparará grandes dificultades. Es necesario, señala Freud, que la niña pase por el proceso de desmentida, pues si “la niña se rehúsa aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón” (Freud, 1925, p. 272). Inversamente, si ella acepta su castración tendrá, por tanto, que admitir, dice Freud, una herida narcisista que no

la abandonará: “con la admisión de su herida narcisista, se establece en la mujer –como cicatriz, por así decir– un sentimiento de inferioridad” (Freud, 1925, p. 272). De una u otra forma, la mujer queda relegada a una posición de inferioridad, pues, o es una mala copia del varón que se comporta como si tuviera un pene (histeria), o bien tendrá que aceptar y resignarse a que no lo tiene y, producto de ello, irá en busca de un sustituto que le permita paliar los efectos libidinales de su herida; ese sustituto del pene es para la mujer, dice Freud, un hijo. En consecuencia, a la mujer no le queda otra opción más que “compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado en un punto decisivo y, al menos en este juicio, se mantiene en paridad con el varón” (Freud, 1925, p. 272). Nuevamente nos encontramos frente a la figura de un sexo mutilado, tal y como había aparecido en la obra de Aristóteles. Lo que no podemos aceptar de la concepción freudiana aquí explicitada es que la mujer este obligada a repudiar su propio órgano sexual quedando, por ello, obligada a tener que percibir el mundo desde la exclusiva óptica de los varones (androcentrismo). Quien acepte teóricamente esta posición no puede sino ser cómplice de una violencia originaria. En suma, la envidia del pene equivale entonces al descubrimiento de una supuesta inferioridad del clítoris. Entre las razones que permitirían justificar tal inferioridad Freud establece: 1. “que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación” (1925, p. 273), olvidando con ello que el clítoris tiene por única y sublime función el placer sexual; 2. Que “al menos la masturbación en el clítoris sería una práctica masculina” (Ibidem) –si así fuera, por qué los hombres que nunca la han practicado definirían su estatuto, esto es realmente absurdo; y 3. Que “el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitoridiana” (Ibidem). Pero, en estricto rigor, ¿qué permite justificar estos enunciados? Pues nada. Sin embargo, a pesar del vacío argumental en los postulados de Freud, hay una cierta insistencia teórica, contra su voluntad

obviamente, que demuestra, en el fondo, que las erecciones del falo envidiarían los placeres del clítoris. La insistencia freudiana respecto de la *envidia del pene* lo enfrenta con su fracaso.

Del colapso teórico de la inferioridad del clítoris

Es necesario, en consecuencia, explicar por qué para Freud la *envidia del pene* equivale al descubrimiento de una supuesta inferioridad del clítoris. Pero, para comprender esto en su contexto, recapitulemos sumariamente el material ya revisado. Entre las conclusiones alcanzadas, hemos establecido que Freud era, sin lugar a duda, heredero de Aristóteles y su teoría de la sexualidad. Ello se expresa en una serie de razones que podemos sintetizar del siguiente modo: a) tanto para Aristóteles como para Freud la energía sexual era en esencia masculina. En el caso de Aristóteles ello quedaba demostrado en su concepción de la esperma y, en el caso de Freud, en su entendimiento de la libido; b) en ambos autores la genitalidad se reduce al miembro masculino, pues es lo único que tienen, literalmente, a la mano. Esto se traduce en Freud en un primado del falo, lo cual implica, por defecto, que la mujer carece o bien tan sólo es poseedora de un pene atrofiado y/o mutilado. En tal sentido, la génesis del primado del falo se vuelve, para Freud, indisociable del complejo y la amenaza de castración; c) al reprimir su propia falta, el hombre se inventa una mujer que adolece de un complejo de masculinidad lo cual se traduce en una envidia del pene y, por ello, fuerza una violenta y cultural desvalorización del clítoris; d) a raíz de toda esta ficción teórica, es que la mujer permanece sofocada en, por y bajo el manto del hombre, lo cual facilita el dominio masculino bajo la égida de la ley del padre.

Ha sido sobre estos elementos, por una parte, que la teoría psicoanalítica se construye, pero son también estos elementos, como señala Rodulfo, los que impiden, por desgracia, abrir nuevos horizontes teóricos. En consecuencia, si realmente nos interesa pensar y trabajar con el psicoanálisis debemos tomar “la teoría psicoanalítica en sí misma como un obstáculo para el trabajo concreto y cotidiano del psicoanálisis” (Rodulfo, 2008, p. 253). Leo Bersani, mucho antes que Rodulfo, proponía en 1986 que “la autenticidad psicoanalítica del trabajo freudiano *depende de un proceso de colapso teórico*” (2011, p. 12). En el caso analizado por Bersani, dicho colapso se expresa cuando la teoría psicoanalítica “problematiza sus propias aspiraciones de formalización y estructuración”, esto es, cuando es capaz de cuestionar el instante en que una pretendida “normalización del pensamiento psicoanalítico” opera y promueve “la domesticación de una perspectiva psicoanalítica de la sexualidad” (Bersani, 2011, p.12). En virtud de estos planteamientos, resulta del todo pertinente seguir delimitando un contexto que permita, en adelante, avanzar hacia una *deconstrucción* del psicoanálisis en tanto lugarteniente del logofalocentrismo. En este caso, tal deconstrucción supone un desmantelamiento de la concepción freudiana de la sexualidad. Retomemos entonces lo que ha sido, hasta ahora, el hilo de nuestra lectura.

En *Sobre la sexualidad femenina*, texto de 1931, a propósito de la necesidad de remover la sexualidad clitoriana, Freud va a señalar: “Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina” (Freud, 1931, p. 227). Lo que habría que destacar de esta frase es que Freud considera, en definitiva, que el desarrollo de la sexualidad femenina pasa no sólo por dos momentos disímiles entre sí sino por dos estructuras diferentes. El primero, como se ha insistido, implica un carácter enteramente masculino, mientras que

el segundo sería específicamente femenino. Esto quiere decir, en palabras de Freud, que aquello “que precede a la genitalidad en la infancia, tiene que desenvolverse en la mujer en torno del clítoris” (Ibidem), lo cual supone que la vagina propiamente tal no existe para la niña, aunque luego tomará consciencia de ella. Hay entonces clítoris siempre y cuando se conciba a imagen y semejanza del pene, pero no hay vagina, es decir, en su primera fase genital la niña tan sólo puede acceder representativamente a su mini pene y, por tanto, se encuentra naturalmente preparada, a juicio de Freud, para la masculinidad. No obstante, Freud reconocerá que en el desarrollo femenino hay un proceso de transición de una fase a otra que carece de análogo en el varón, es decir, en la medida en que la niña crece y deshace la ligazón-madre, ella podría alcanzar su vagina, pero tendría que dejar atrás su clítoris. Este modo de concebir Freud la sexualidad femenina implica, a su vez, dividir en dos el aparato sexual femenino. Se trata, en cierto sentido, de un proceso de alienación. Es más, Luce Irigaray (2007), interpretando las palabras de apertura de la conferencia sobre la *Feminidad* de Freud, dirá que éste ha construido un discurso en que “el misterio que es la mujer constituiría, pues, el *objetivo*, el *objeto* y el *envite* de un discurso masculino, de un debate entre hombres, que no le interpelaría, no le incumbiría. Del que ella, en última instancia, no tendría que saber nada” (Irigaray, 2007, p. 7). Y, ese ‘no saber nada de nada’ implica, en primera instancia, que la mujer queda alienada en un discurso que es del hombre. Podríamos imaginar, en tal sentido, que el paso del clítoris a la vagina viene a iluminar, tanto para la mujer como para el hombre, la sexualidad femenina, sin embargo, Freud señala que “la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer de una manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente” (Freud, 1931, p. 230). Persiste así la imagen de la mujer como continente

negro y lo peor es que la mujer, ya no la niña, nada sabe ni nada ha de saber respecto de su propia sexualidad.

El paso del clítoris a la vagina sigue, sin embargo, sin explicación. Freud insiste, en su argumentación, declarando la superioridad del varón mientras la niña, al unísono, debe reconocer el hecho de su castración y, por extensión, de su propia inferioridad. En tal caso, la mujer está obligada a reconocer su “universal extrañamiento respecto de la sexualidad” (Freud, 1931, p. 233). Mas, Freud reconoce que ella también puede rebelarse contra este extrañamiento. En síntesis, existen dos posiciones posibles que la niña/mujer puede asumir ante lo masculino. Para dar cuenta de ello citamos a Freud en extenso:

[La] mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere” (1931, pp. 230-231).

De la cita destacamos, contra nuestra voluntad, lo siguiente: para Freud la mujer estaría obligada a renunciar a su sexualidad, organizada tal y como está en torno al quehacer fálico [“la masturbación en el clítoris”], o bien, retiene su masculinidad autoafirmando el carácter fálico de su clítoris. Además de estas dos posiciones, Freud agrega una tercera posibilidad: “el esbozo de la feminidad definitiva” (1931, p. 233). De esta última ni siquiera existen rastros en el texto citado y si los hubiese estos

siguen tomados por el androcentrismo freudiano. Cabe destacar, especialmente con relación a la renuncia y/o autoafirmación de la sexualidad de la niña, que ésta está intrínsecamente ligada al Complejo de Edipo. La gran diferencia con el varón es, en palabras de Freud, que “la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo” (1931, p. 228). Dicha prehistoria, también conocida como fase pre-edípica, que se define en y por el lazo con la madre y una cierta hostilidad contra el padre. La historia de la mujer, en cambio, pasa por la inversión de aquella hostilidad. El sexo femenino para desarrollarse normalmente, indica Freud, no debe, por una parte, permanecer atascado en la ligazón-madre y, por otra, debe necesariamente volver hacia el varón. Freud (1931) al respecto declara:

Entre las mociones pasivas de la fase fálica, se destaca que por regla general la niña inculpa a la madre como seductora, ya que por fuerza debió registrar las primeras sensaciones genitales, o al menos las más intensas, a raíz de los manejos de la limpieza y el cuidado del cuerpo realizados por la madre (o la persona encargada de la crianza, que la subrogue). A la niña le gustan esas sensaciones y pide a la madre que las refuerce mediante repetido contacto y frote, según me lo han comunicado a menudo las madres como observación de sus hijitas de dos a tres años. A mi juicio, el hecho de que de ese modo la madre inevitablemente despierta en su hija la fase fálica es el responsable de que en las fantasías de años posteriores el padre aparezca tan regularmente como el seductor sexual. Al tiempo que se cumple el extrañamiento respecto de la madre, se trasfiere al padre la introducción en la vida sexual (pp. 239-240).

Bajo estas circunstancias, la resolución del complejo de Edipo implica, para las mujeres, un extrañamiento de la niña respecto de la madre y la suspensión de la masturbación clitoridiana permitiendo, con ello, el tránsito al objeto-padre. Sólo de este modo la niña encuentra el camino hacia el desarrollo de la feminidad. Ahora bien, este tránsito acontece en tanto la madre, al prohibir a su hija masturbarse, se convierte en el sujeto contra quien la niña ha de rebelarse. Como en todo orden de cosas, el hecho de la prohibición no quiere decir naturalmente que se la acate y “la porfía en la masturbación parece abrir el camino hacia la masculinidad”

(Freud, 1931, p. 234). Nuevamente, los edictos freudianos prescriben para la mujer una pérdida, una ausencia, una renuncia ante las formas autoeróticas de alcanzar el placer, dejando el privilegio y el goce como un derecho exclusivo de la masculinidad, cuando en realidad el placer y el goce clitoridiano expresan “el fleco ciego del logocentrismo” (Irigaray, 2007, p. 149). Las mujeres no tienen derecho a masturbarse, los hombres sí. Incluso más: si la niña no llega a sofocar la masturbación, por falta de carácter o voluntad, el efecto de la prohibición se manifestará posteriormente en la mujer ya sea en su elección de objeto sexual o bien en un “afán de librarse a costa de cualquier sacrificio de esa satisfacción que la hace padecer” (Freud, 1931, p. 234). Hay que señalar que no hay en el texto razón alguna que justifique ese supuesto padecimiento, aunque lo que sí queda declarado es el rencor que la hija preservará contra su madre o cuidadora. El tema aquí es que este rencor funciona, según Freud, como el móvil que permite el desasimiento de la madre por parte de la hija. Luego, este desasimiento se verá reforzado en la niña cuando ella logre “capta[r] la universalidad de ese carácter negativo” y se produzca una “gran desvalorización de la feminidad” (Freud, 1931, p. 234) y no sólo de la madre. Este proceso de universalización se traduce en un reproche contra la madre por “no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, [por] haberla parido mujer” (p. 235). Freud resume las motivaciones de la niña con relación al extrañamiento de la madre del siguiente modo: “omitió dotar a la niñita con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió” (1931, p. 236)⁶. La niña culpa a la madre de su supuesta inferioridad y, con ello logra, al parecer, devenir mujer. Por su parte, la madre, que ya es una mujer y que

⁶ El subrayado es del autor (N. del E.)

reconoce sin más su supuesta inferioridad, exige el despliegue de la feminidad a condición de –como lo señala Freud en *El yo y el ello* (1923b)– la remoción de la sexualidad clitoridiana. Esta idea, como hemos visto, atraviesa la obra de Freud de principio a fin. Sólo para recalcar este punto, recordemos los siguientes pasajes de la obra freudiana. Ya en 1897, en la carta 75 a Fliess, Freud declara:

Se sepulta en la mujer (en todo o en parte) otra zona sexual que en el varón subsiste. Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que durante la infancia aparece concentrada la sensibilidad sexual de la niña también. De ahí que hacia esta época a la mujer la inunde la vergüenza, hasta que de manera espontánea o reflectoria es despertada la nueva zona, la vaginal (Freud, 1897, p. 312).

En sus *Tres ensayos sobre la sexualidad infantil* (1905b) Freud escribe:

Si se quiere comprender el proceso por el cual la niña se hace mujer, es menester perseguir los ulteriores destinos de esta excitabilidad del clítoris (...) más tarde, cuando por fin el acto sexual es permitido, el clítoris mismo es excitado, y sobre él recae el papel de retransmitir esa excitación a las partes femeninas vecinas, tal como un haz de ramas resinosas puede emplearse para encender una leña de combustión más difícil. A menudo se requiere cierto tiempo para que se realice esa transferencia. Durante ese lapso la joven es anestésica (...) Son anestésicas en la vagina, pero en modo alguno son inexcitables desde el clítoris o aun desde otras zonas (...) Toda vez que logra transferir la estimulabilidad erógena del clítoris a la vagina, la mujer ha mudado la zona rectora para su práctica sexual posterior. (...). En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que, por así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria. Estas condiciones se entran entonces, y de la manera más íntima, con la naturaleza de la feminidad (pp. 201-202).

En 1913, Freud escribirá en *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*:

Como sabemos, la sexualidad de la niña está bajo el imperio de un órgano rector masculino (el clítoris), y en muchos planos ella se comporta como la del varoncito. Una última oleada de desarrollo en la época de la pubertad tiene que remover esa sexualidad masculina y elevar a la vagina, derivada de la cloaca, a la condición de zona erógena dominante (p. 345).

En sus *Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*, específicamente en la número 10 titulada *El simbolismo en el sueño*, Freud (1916) añade:

[El] deseo de ser un hombre se encuentra en la mujer con harta frecuencia, consciente o inconscientemente. Y que la mujer puede realizar este deseo mediante las mismas sensaciones que el hombre, he ahí algo que no desconcertará a nadie que conozca anatomía. La mujer posee en sus genitales también un pequeño miembro semejante al masculino, y este pequeño miembro, el clítoris, desempeña aun en la infancia y en la edad previa al comercio sexual el mismo papel que el miembro grande del hombre (p. 142).

Posteriormente, en la conferencia número 20 titulada “*La vida sexual de los seres humanos*” de 1916/1917, Freud, hablando de la sexualidad de la niña, señala:

[En] la infancia el clítoris de la niña desempeña enteramente el papel del pene; es el portador de una particular excitabilidad, el lugar donde se alcanza la satisfacción auto-erótica. Para que la niña se haga mujer importa mucho que el clítoris ceda a tiempo y por completo esa sensibilidad a la vagina. En los casos de la llamada anestesia sexual de las mujeres, el clítoris ha conservado obstinadamente esa sensibilidad (p. 290).

Luego en su trigésimo tercera de sus *Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*, aquella titulada *Sobre la sexualidad femenina* de 1931, Freud apunta lo siguiente: “partes del aparato sexual masculino se encuentran también en el cuerpo de la mujer, si bien en un estado de atrofia, y lo mismo es válido para el otro sexo” (Freud, 1931, p. 105).

En el mismo texto, cinco páginas después Freud recalca:

[En] la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar (1931, p. 110).⁷

⁷ El subrayado es del autor (N. del E.).

Como puede observarse, en el conjunto de los textos recién citados –y en otros que ya hemos comentado– Freud insiste perentoriamente en que la niña debe abandonar cualquier relación que pueda tener con su clítoris para hacer de la vagina el órgano sexual propiamente femenino. De este modo, la vida sexual de la mujer y las manifestaciones de su sexualidad quedan a merced del goce masculino. La desvalorización social del deseo de la mujer queda así prescrita teóricamente. Ahora bien, lo realmente insólito es que haya todavía quienes defiendan este tipo de planteamientos reafirmando las ideas de Freud sobre la libido masculina y una feminidad secundaria, confirmando, a su vez, la tesis de Ferenczi de que la erogeneidad aumentada del clítoris constituye en sí un síntoma histérico. La vagina, en cuanto órgano sexual femenino orientado a la reproducción de la especie, no hace sino confirmar el carácter pasivo de la mujer, en tanto, su clítoris marca un componente activo, masculino, que confirma la condición bisexual de la mujer. Pero, cabe preguntarse: ¿realmente una mujer que goza de su clítoris goza masculinamente de su sexualidad? El hombre, en cambio, se somete con mayor intensidad a una represión de la bisexualidad en la que “se muestra de manera inequívoca una rebeldía contra la pasividad y una predilección por el papel activo” (Freud, 1933, pp. 237-238). En palabras de Freud:

[La] bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición [constitucional] de los seres humanos, resalta con mucho mayor nitidez en la mujer que en el varón. En efecto, este tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril (1933, p. 241).

Hasta aquí la única explicación que Freud nos ofrece del paso del clítoris a la vagina se reduce al triunfo de la masculinidad, esto es, triunfo del padre como objeto sexual y al extrañamiento de la madre como manifestación de una sexualidad sepultada. En consecuencia, desde 1897 a 1933 la posición de Freud no varía, como señalábamos al inicio

de este texto, en lo estructural: el devenir de la mujer consiste para Freud, tal y como Irigaray lo señala, “en el reconocimiento y la aceptación de su atrofia fálica” (Irigaray, 2007, p. 15), asunto que releva la relación del psicoanálisis con la teoría biológica de Aristóteles. Ahora bien, junto con este tergiversado camino del devenir mujer se ha consolidado una falsa dimensión de la sexualidad masculina que ha de ser urgentemente deconstruida. Es decir, una deconstrucción de la sexualidad masculina pasa inevitablemente por una deconstrucción de aquellos límites que impiden la libre circulación de una *libido femenina* que fluya realmente entre nosotros y nos constituya de otro modo, siempre de otro modo.

Referencias

- Aristóteles. (1988). *Política*. Editorial Gredos.
- Aristóteles. (1992). *Investigaciones sobre los animales*. Editorial Gredos.
- Aristóteles. (1994a). *Metafísica*. Editorial Gredos.
- Aristóteles. (1994b). *Reproducción de los animales*. Editorial Gredos.
- Aristóteles. (2000). *Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*. Editorial Gredos.
- Aristóteles. 1994b). *Reproducción de los animales*. Editorial Gredos.
- Bachofen, Johann. (1987). *El Matriarcado: Una Investigación sobre la Ginococracia en el Mundo Antiguo según su Naturaleza Religiosa y Jurídica*. Akal Editores.
- Bersani, Leo. (2011) *El cuerpo freudiano. Psicoanálisis y arte*. El cuenco de plata.
- Cixous, Helene (1995) *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Anthropos
- Deleuze, Gilles & Guattari, Félix. (1972). *L'anti-œdipe. Capitalisme et schizophrénie*. Les Éditions de Minuit.

- Derrida, Jacques. (1972) *La dissémination*. Éditions du Seuil.
- Freud, Sigmund. (1886). *Sobre histeria masculina*. En: Fernando Rodriguez & Mauro Vallejo. (2018). Sigmund Freud. Textos inéditos y documentos recobrados (pp. 27-30). Miño y Dávila ediciones.
- Freud, Sigmund. (1895). *Estudios sobre la histeria*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo II* (pp. 24-43). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1897). Carta 75 (14 de noviembre de 1897). En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo I* (pp. 310-313). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1905a). *Fragmentos de análisis de un caso de histeria (Dora)*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo VII* (pp. 7-108). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1905b). *Tres ensayos para una teoría sexual*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo VII* (pp. 117-210). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1908). *Sobre las teorías sexuales infantiles*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo IX* (pp. 187-202). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1913). *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XII* (pp. 337-346). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1915). *10ª conferencia. El simbolismo en el sueño*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XV* (pp. 136-154). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1916/1917). *20ª conferencia. La vida sexual de los seres humanos*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XVI* (pp. 277-291). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1920). *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XVIII* (pp. 141-164). Amorrortu.

- Freud, Sigmund. (1923a). *La organización genital infantil*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XIX* (pp. 145-150). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1923b). *El yo y el ello*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XIX* (pp. 13-66). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XIX* (pp. 267-276). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1927). *Fetichismo*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XXI* (pp. 147-152). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XXI* (pp. 227-244). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1933). *33ª conferencia. La feminidad*. En: Sigmund Freud. *Obras Completas. Tomo XXII* (pp. 104-125). Amorrortu.
- Freud, Sigmund. (1982). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Irigaray, Lucy. (2007) *El espejo de la otra mujer*. Ediciones Akal.
- Lacan, Jacques. (1999) *Seminario IV. Las relaciones de objeto*. Paidós.
- Marx, Karl. (1970). *La ideología alemana*. Barcelona.
- Preciado, Paul. (2009). Epilogo. En: Guy Hocquenghem. *El deseo homosexual*. Editorial Melusina.
- Reich, Wilhelm. (2020). *La revolución sexual y otros escritos*. Editorial Irrecuperables.
- Rodulfo, Ricardo. (2008) *El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional*. Eudeba.